

Homilía del 12 de octubre de 2014

Cuando pensamos en una celebración grande, a menudo pensamos en una boda. Supongo que esto ha sido, es, y será verdad en todas partes del mundo. Ciertamente era verdad en la época del Antiguo Testamento para la gente judía, y ciertamente era verdad en los tiempos del Nuevo Testamento para los primeros cristianos. En la primera lectura y en el Evangelio de hoy, se usa una boda para referirse a la celebración de la unión de Dios y su gente. Las dos lecturas usan la celebración de una boda para advertirnos y animarnos.

En nuestra primera lectura el profeta Isaías nos da un cuadro de un gran banquete «con vinos exquisitos de vinos exquisitos y manjares sustanciosos». Éste es el gran banquete en el cuál Dios les da la bienvenida a «todos los pueblos» cuando Él destruirá la muerte, terminará todo el sufrimiento, destruirá los muros y los velos que separan a unas personas de otras y todos celebrarán juntos.

Nuestra lectura del Evangelio, una parábola acerca de un banquete real, desarrolla más adelante las imágenes para señalar dos puntos importantes: (1) Debemos aceptar la invitación de Dios y (2) debemos prepararnos para la boda. Cuando pensamos en las respuesta de los invitados en esta parábola, ninguna de las respuestas tiene sentido. ¿Quién ignoraría la invitación de un rey a la boda de su hijo? ¿Qué clase de persona dejaría pasar ese tipo de comida? ¿Qué clase de gente insultaría y mataría a aquellos que trajeron tal invitación? No es una sorpresa que el rey respondería atacando una ciudad en la cual vive esa gente.

La respuesta de esta gente me recuerda de un pasaje en el libro del profeta Jeremías. Dios le dice a Jeremías:

Les dirás [a la gente]: Así dice el Señor:

¿Acaso el que cae[,] no se levanta[?]

y el que ha perdido el camino,

[¿]no vuelve atrás?

. . . ¿por qué este pueblo sigue en su rebeldía . . . ?

Ven y oyen,

pero hablan otro lenguaje

y nadie llora su maldad. . . .

Todos prosiguen su loca carrera

como un caballo que se lanza a la carga.

¿Cómo puede la gente actuar tan contrariamente a la naturaleza y buen sentido? La respuesta de aquellos en la parábola del Evangelio no tiene más sentido que la respuesta de la gente en la época de Jeremías.

Cuando los invitados de honor actúan tan extrañamente, con tan ingratitud, y con tan crueldad, el rey les dice a sus criados que inviten a todos en las carreteras y los caminos al banquete real. Y esta gente vino, pero mientras el rey anda entre sus invitados, ¿qué ve él? Alguien que, algo similar a los invitados originales, tiene tan poco respeto que él no viene preparado para la boda del hijo del rey.

Somos los invitados del rey, el Rey de los reyes. La Eucaristía que celebramos en esta mesa es una muestra del banquete del hijo del Rey. ¿Cuál es nuestra respuesta a su invitación? El Rey nos invita a todos nosotros, pero debemos aceptar a su invitación. Es un regalo, pero tenemos que recibirlo y tenemos que estar preparados para participar en el gran banquete. ¿Somos dignos de tal invitación?

Cuando pienso en esta invitación, estoy consciente de mi propia falta de mérito. Pero recuerdo que en la parábola, el rey invitó a los «malos y buenos» y así yo sé que la invitación me incluye a mí. Nos incluye a todos nosotros. No es por mi mérito o el mérito de ustedes que tenemos la invitación; es la gracia y la misericordia de Dios. Y cuando me pregunto si estoy preparado para el banquete, si puedo ponerme la ropa apropiada para la boda, recuerdo las palabras de San Pablo: «Todo lo puedo unido a aquel que me da la fuerza.» Y recuerdo que todos estamos invitados, y todo lo que es necesario es aceptar la invitación y prepararnos para la boda. Que todos nosotros la reciban y se preparen.